

Cuentos & Cuentistas

Heinrich von Kleist, el romántico extremo

El escritor alemán Heinrich von Kleist (1777-1811) representa el romanticismo en su expresión más radical; aunque no se puede dejar de considerar, respecto a su trágica muerte, un conjunto complejo de componentes explicativos. El hecho que haya decidido asesinar a su compañera sentimental, la cantante Henriette Vogel (supuestamente con su consentimiento, al menos así lo ha difundido la leyenda), y luego se haya quitado la vida de un balazo, todo a las orillas del lago Wansee en un ambiente bucólico (cerca de su amado Berlín), puede ser interpretado como un acto sublime, romántico a ultranza; pero no deja de ser el resultado de una mente desquiciada. Tenía 34 años y se sentía fracasado como escritor y como hombre de su tiempo. Su suicidio fue por lo demás la culminación de pasiones tormentosas, entre ellas por su hermana Ulrike, su amigo de infancia Ernst von Pfuel, y su tía Marie von Kleist.

Más conocido como poeta y dramaturgo, seguidor de sus mayores Goethe y Schiller, y menospreciado por ellos, según él creía, el barón von Kleist fue un diletante que abrazó sin interés la carrera militar, retirándose como teniente, viajando luego sin rumbo por toda Europa, y creando revistas y periódicos de efímera vida. Escribió nada más que ocho cuentos y no se puede decir otra cosa que son admirables todos ellos, obras maestras del género. Extrañamente bien escritos en alemán (los traductores han documentado las dificultades que han experimentado con su prosa), Kleist se apropia de episodios de la historia o la geografía sin que le llame, aparentemente, ninguna pretensión de originalidad. Se trata en general de romances trágicos, montados en escenarios que a ratos parecen decorados de ópera, aunque provistos de notables detalles que les dan un aura de misterio para quien conoce los lugares, y en este sentido sorprende su justa percepción.

¿Qué intento decir? Uno de sus cuentos celebérrimos, presente en innumerables antologías, se titula “El terremoto de Chile”. Ambientado en 1647, durante un episodio telúrico particularmente letal que ocurrió en Santiago, narra un drama de amor entre una monja novicia y un joven campesino, que degenera en una cruel ejecución perpetrada para vengar lo que se considera un castigo divino, el terremoto. Toda la intolerancia religiosa del colonialismo español se vuelca, atrocamente vulgar y pérfida,

para cumplir con la destrucción, en manos del populacho, de los pretendidos culpables de la ira de Dios, que se han salvado se podría decir milagrosamente. El cuento se puede interpretar como una poderosa metáfora de la irrupción del azar con catastróficas consecuencias en los planes de vida de las personas, tema recurrente en Kleist. Su visión del paisaje del valle de Santiago es tan creíble como la que dejaron pintores de la época, el inglés Wood, el alemán Rugendas y el francés Monvoisin.

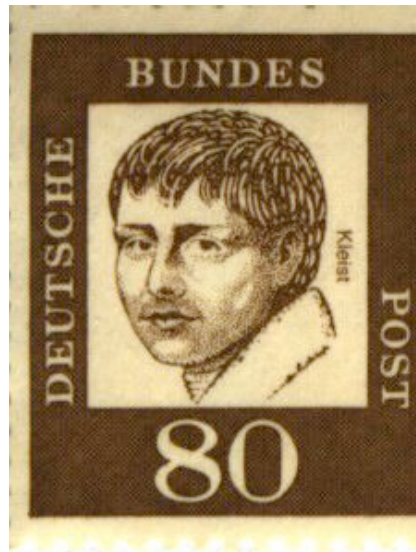
“Los desposorios de Santo Domingo” es otro cuento de prodigiosa construcción. Esta vez el lugar de la acción es el actual Haití, durante la rebelión de los esclavos negros contra el yugo colonial francés. Es interesante hacer notar que Kleist estuvo prisionero en Fort Joux, Francia, en 1807, acusado de espía por equivocación. Esto le hizo odiar los aspavientos imperiales napoleónicos, generándose en él una suerte de furioso nacionalismo prusiano. Pues en la misma prisión estuvo detenido unos años antes el general negro Touissant L’Ouverture, adelantado de la revolución haitiana. El cuento, que narra otra vez una tragedia amorosa, víctima de un hado maligno, desemboca en un final de implacable crueldad, que se hizo insoportable para los lectores de su época; cuestión que le fue reprochada como una debilidad desde el punto de vista literario. Sin embargo, su visión de los terribles sucesos de la primera rebelión anticolonial americana, marcada por el odio y la venganza, y de los exuberantes paisajes de la isla que comparten Haití y la República Dominicana, es también lejana a estereotipos.

Se ha hecho notar que Kleist es una suerte de anti-Mozart en el sentido que su obra se halla marcada por la tragedia y la rabia, y sus curiosos escenarios no se entienden al servicio de la alegría o el pasatiempo, sino de un sentimiento trágico de la vida. Vale señalar que en el caso de los dos cuentos mencionados, Kleist nunca anduvo ni remotamente cerca de las Américas. Su ambientación en Chile o Haití es simplemente un vehículo para colocar su visión del mundo. Es interesante anotar además que el modelo confesado para sus relatos fueron las “Novelas ejemplares” de Cervantes, y quiso llamar a sus textos narrativos “Cuentos morales”.¹

“El desafío” (conocido también en castellano como “El juicio de Dios”) se podría considerar una “tragedia de enredos”, donde imperan las mentiras y las traiciones y las delaciones, buscando provocar el mayor daño posible

¹ El cineasta francés Eric Rohmer, buen conocedor de Kleist, como que adaptó el relato “La marquesa de O”, se apropió del título “Cuentos morales” y produjo una serie de películas bajo esa rúbrica.

en rivales y ofensores (reales o imaginarios). Por juicio de Dios se entiende el resultado de un duelo, recurso extremo para dirimir agravios en los medios cortesanos y aristocráticos que Kleist conoció bien. Como en otros de sus relatos, hay un enigma oculto y el autor juega con uno de sus recursos escriturales más logrados, que es ir provocando tensión por medio de una prosa cortante y acelerada, marcada por episodios donde los personajes caen en paroxismos de furia desatada, al límite de la locura.



“Santa Cecilia o el poder de la música” es un relato que me permito señalar como una de las cumbres del género, que personalmente colocaría en cualquier antología. Es una de las escasas narraciones que conozco donde se emplean estructuras musicales para contribuir a la progresión narrativa (otro caso notable es *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier). La experta Carmen Bravo-Villasante ha señalado el uso de un estilo contrapuntístico en Kleist, típico del barroco musical del siglo XVIII, construido según discursos paralelos que desembocan en intersecciones, en el marco de variaciones sobre un número reducido de temas. Este gran cuento tiene que ver además con cierta fascinación que el protestante Kleist sintió hacia el final de su vida por el catolicismo romano, en particular sus artísticos y refinados rituales de entonces.

Otro cuento famoso de Kleist es “Michael Kolhaas” (conocido también en castellano como “El rebelde”), que narra el desarrollo de un pleito delirante, intransigente, desmesurado, completamente autodestructivo, prefiguración de las narraciones “judiciales” de Kafka, y que transcribe una experiencia del propio Kleist. Pero su relato quizás más difundido es “La

marquesa de O”, con su extraño argumento acerca de una concepción misteriosa y donde nunca se sabe quien miente, y el poder de convencimiento por la palabra se transforma en un arte que todo lo distorsiona. La obra fue considerada el colmo de la obscenidad en su tiempo, recibió un repudio casi unánime de la crítica y la alta sociedad; a lo cual respondió Kleist haciendo de sus detractores y detractoras personajes abominables en sus piezas de teatro y sus relatos.

Heinrich von Kleist es visto hoy como una figura mayor del romanticismo alemán, aunque siempre fuera de los esquemas; un ejemplo además del clasicismo más decadente, representante de una aristocracia corrompida y ociosa, vapuleada por la revolución francesa. Literariamente, un preciosista, un perfeccionista acérrimo. Una figura venerada por las vanguardias de los años 60, un auténtico furioso, un mártir de la literatura entendida como una vocación intransable, una víctima del repudio de un establishment que no perdona... Un caso flagrante del gólgota, culminado a menudo en un fin trágico, que en todas las épocas han tenido los creadores rupturistas, rebeldes, distintos.²

Bartolomé Leal

² No puedo dejar de mencionar el caso de John Kennedy Toole, que se suicidó a los 32 años ante el rechazo por las editoriales de su novela “La conjura de los necios” (1980), una de las cumbres de la narrativa norteamericana, ganadora póstuma del Premio Pulitzer 1981.